

ENTREVISTA (Apertura)

Patricia se detiene un instante y respira hondo. Tiene que dominar su pavor antes de adentrarse en la que considera su segunda casa, la sala de redacción de *The San Francisco Post*, ahora también diferente. Afortunadamente, aprendió a controlar la hiperventilación durante aquel bautismo de buceo, en sus tiempos de paz interior.

De camino hacia su nueva mesa, saluda con la mano a dos compañeros madrugadores, evitando mirarlos. Llena su taza de ese café largo e insípido, pero al menos caliente, al que jamás se acostumbrará. El equipo informático se enciende al detectar su olor corporal. *Show me the e-mails, please*, ordena Patricia. Tras comprobar la frecuencia de su voz, el aparato emite un sintético, aunque prácticamente humano, *immediately*.

Se sienta y suspira, intentando no llorar de nuevo, pero no lo consigue. Cualquier análisis la lleva a la misma conclusión. «Solo una cosa ha cambiado, ya estamos en enero», se consuela. Lleva tiempo deseando que acabe la nefasta década. Ha pasado las Navidades rogándole a Dios una tregua, en la soledad de su habitación, cada vez que los hechos regresaban a su mente anegándola en incertidumbre, y por ende, en pereza existencial. Odia recordarlos.

Un ruido la despabila, pero no se vuelve para investigarlo. Se mentaliza y recorre el listado de los últimos mensajes de correo electrónico recibidos. En su mayoría tienen que ver con la noticia bomba de las Navidades, el avión estrellado contra

el *Golden Gate*, y con el desmentido al rumoreo generalizado sobre otro atentado terrorista. Ni siquiera el elevado balance de víctimas la aparta de su honda melancolía.

Detiene su mirada unas líneas más abajo, extrañada. Le llama la atención que el asunto del *e-mail* esté en español, pero más aún su contenido. *El algoritmo de Dios. ¿Entrevista?*, reza el mensaje. «El Algoritmo de Dios... Sí... Hará más de una década de aquello. Una auténtica conmoción en España que casi contagia a medio mundo. Jamás pillaron a aquel tipo», recuerda. La dirección electrónica aparece en blanco. Intrigada, lo abre.

Hola, Paty. Otro día triste aunque esperanzador para ti, tras años recibiendo solo palos: Primero tu padrastro; después tu madre, fallecida en extrañas circunstancias; luego tu marido, perdido entre secretos, y finalmente tu hija, con un pavoroso horizonte por delante que ha generado la pena suficiente para mantener unido tu maltrecho matrimonio. Como resultado, la depresión y ahora la democión profesional, castigo de tu jefe y mentor que se debe al dinero. Como horrible sensación, la de soportar a un mal marido y la de ser una mala madre.

¿Quién soy yo y cómo sé tanto de ti? Soy el creador del Algoritmo de Dios. ¿Qué quiero? Concederte una entrevista en rigurosa exclusiva.

Patricia se siente violentada por su interlocutor virtual. Relee aquella avalancha de información íntima y cierra los ojos, tratando de pensar. Admite que el sintético mensaje acierta de pleno, salvo en un detalle que la inquieta. «¿Por qué llama padrastro a mi padre?», se pregunta. «De ser cierto, ¿cómo me habría ocultado mi madre algo así?».

Sigue leyendo las innegociables condiciones para la cita privada. Fecha y lugar: *28 de enero, a las siete y veinte de la tarde, en el mirador de la Torre Valencia, España.* El texto finaliza con

una advertencia: *Si haces el menor comentario de esto a otra persona lo sabré, al igual que sé lo demás. Mi castigo será no comparecer.* Una breve cuenta atrás anuncia el borrado del mensaje, tras la cual la pantalla vuelve por sí sola al listado de *e-mails* sin que quede rastro del que acaba de leer.

Sin haber salido del todo de su asombro, anota en su móvil los detalles de la cita. Nada más guardarlos, recibe en el móvil un mensaje de origen desconocido que dice: *¡Buena chica! Hasta pronto.* No puede evitar sonreír. «¿Por qué no me sorprende?», se pregunta. Se da cuenta de que probablemente sea la primera vez que sonríe de forma espontánea en meses.

Sus ojos se dirigen al fondo de la sala. Aunque no lo distingue, sabe bien lo que pone el cartel de la puerta del despacho: *Jefe de Redacción.* Puede ver en su interior la silla que ella misma ocupaba hace poco. Entiende que su *know-how* no compensa su actual incapacidad, incluso que su fiel mentor haya decidido apartarla de la dirección. No la molesta volver a ejercer de simple periodista, salvo que eso le deja demasiado tiempo libre para vivir su penosa realidad, tan visible en esa fugaz pero dolorosa radiografía que acaba de recibir en forma de *e-mail*.

Nota renacer en ella ese prurito investigador que llevaba años sin sentir y que su nueva situación profesional propicia. «Me da que no ha elegido Valencia por casualidad. Me conoce demasiado bien», sospecha. De pronto recuerda que el día de la cita estará en Barcelona, en casa de su primo Jorge, hijo de sus difuntos tíos Luis y Nuria, y ya su único pariente vivo. Han planeado pasar allí una semana de vacaciones, que esta vez no tiene por qué perdonar; «ventajas de la degradación», se concede. Será el primer viaje en mucho tiempo con su marido y su hija que no esté motivado por una desdicha; lo necesita. «Sí... claro que sabía que iba a estar en España, el muy borde», sentencia.

Vuelve mentalmente al mensaje, sumida en un mar de dudas. «¿Por qué uno de los seres más buscados a causa de

aquel polémico algoritmo, que llegó a ser considerado la primera revolución del siglo XXI en las redes sociales, quiere ser entrevistado precisamente por mí? ¿Qué sabe de mi hipotético padre biológico? ¿Por qué me llama Paty si solo mi madre lo hacía cuando era muy pequeña?», rumia.

Al punto se reconoce en una dimensión que ya tenía olvidada. Se percata de que el mensaje y la potencial cita han logrado liberar su mente unos minutos. Se imagina allí con él, buscando respuestas, alejada por unas horas de la asfixiante espiral de su vida. No sabe si será el cambio que ha estado implorando a Dios, pero no está dispuesta a dejarlo pasar. Tras reflexionar decide mantener el asunto en secreto, sospechando que aquel tipo controla realmente todos sus pasos. La preocupación por este supuesto es menor que sus ganas de escapar.

Cuenta obsesivamente los días hasta la fecha del viaje. Durante el vuelo a Barcelona, se pregunta cómo justificar ante su marido su desplazamiento a Valencia. Una vez instalada en casa de su primo, da con la solución. «Te mereces el engaño, apenas una ínfima compensación». Espera al día de su partida para comunicárselo y sonríe levemente al imaginarlo desconcertado, sabiendo que no replicará, expiando como está su pecado. Patricia se lo cuenta entonces a su hija, aprovechando que aún está medio dormida. Le duele separarse de ella, consciente de que será la primera vez desde lo ocurrido.

—No te preocupes, cariño. Mamá volverá muy pronto. El tío Jorge te adora. Seguro que papá y tú lo vais a pasar muy bien con él. No llores o me harás llorar a mí también. Anda, sigue durmiendo.

Su marido la acompaña hasta la puerta mientras ella se seca las lágrimas reprimidas hasta unos segundos antes.

—¿Estás segura de que quieres ir sola? Podría acompañarte —le propone en un intento de recuperar cierto protagonismo en su vida.

Se lo queda mirando. Su petición la irrita a la vez que agrada, pero no es lo que necesita ahora. Quiere vivir por su cuenta esta pequeña aventura. Eso de ocultarse detalles y emociones no es ninguna novedad en su relación.

—Gracias, pero no. Prefiero ir sola. Me toca entrevistar al primer catedrático español formado en una facultad de ciencias gastronómicas y culinarias, y especializado en... cocina cuántica. Es el siguiente paso tras el éxito de la cocina molecular estos últimos años, nacida de la obsoleta cocina de laboratorio iniciada en España en 1990. En fin, me llevará todo el día y no tendré tiempo para nada —miente sin recato—. Además, tienes que quedarte con la niña. Todavía está muy frágil.

—¿Seguro que no puedes aplazarlo?

—Sabes que estoy en la cuerda floja. No puedo volver a fallar. Es la oportunidad de redimirme ante mi jefe, de remontar mi carrera. Os llamaré tantas veces como pueda. ¡Anda!, dame un beso. No soporto todo esto.

Ladea levemente la cabeza para recibir el beso en la mejilla. Tras un seco adiós, se dirige al taxi sin mirar atrás. Reserva por móvil su billete de AVE con destino a Valencia a través del recién estrenado Corredor Mediterráneo. La serena belleza de la costa, que disfruta a través del ventanal, no logra calmarla. «¡Dios!, no hago una entrevista desde mis tiempos de facultad»; y, reponiéndose de inmediato: «Si he supervisado cientos de ellas, también podré realizar una».

Revisa una vez más lo poco que ha podido recopilar sobre aquel ser anónimo. Lo que se especula sobre él se basa en el impacto que causó su algoritmo. Nadie parece conocer su currículum. Las llamadas realizadas días atrás a sus contactos de la CIA solo han servido para aumentar su sospecha de que hay más información, pero que se mantiene en secreto. «Por Dios, voy a reunirme con un fantasma», se dice estremecida.

Se prepara algunas preguntas estándar de carácter humano, que en este caso aportarán alguna novedad a la

entrevista, pues el algoritmo habla por sí solo. Es consciente de que aquello puede suponer un salto cualitativo en el plano profesional para recuperar la confianza de su admirado jefe. «Ojalá sea también un punto de inflexión para lo demás.»

A su llegada a Valencia, aprovecha para comprar un regalo a su hija, aunque consciente de que no deja de ser un parche. «Qué tristeza, Dios, pasar de tenerlo todo a no tener nada. Cincuenta y dos años, una hija y solo ganas de desaparecer», se tortura a sí misma. Afortunadamente, la hora de la cita se aproxima. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones, toma a las siete y cuarto el ascensor panorámico que conduce al mirador de la portentosa torre que tanto costó levantar por culpa de la última crisis económica. Le sigue extrañando la hora de la cita, pues la terraza se cierra a las ocho en invierno.

Contempla la seductora vista nocturna del puerto, reconociendo algunos de los elementos de la lejana *Americas's cup* de vela, reconvertidos en parte del circuito urbano de Fórmula 1. Recuerda su paseo durante la convalecencia de su hija, y su sobreactuación al contarle que estaban caminando justo por donde pasaban los coches a casi trescientos por hora durante la carrera, intentando que su voz no sonara a gimoteo. Esboza una sonrisa al relacionarlo con la nueva afición de la pequeña, convertida ahora en fan de los grandes premios, que sigue los fines de semana escuchando al locutor de la televisión. Vuelve a llorar, consciente de no poder librarse de sus recuerdos.

Recorre la planta con la mirada para comprobar que los últimos visitantes se han ido. Incómoda por la espera, consulta su móvil: las siete y treinta y cinco. «¿Se habrá echado atrás? Yo he cumplido.» Llama al teléfono de su marido por cuarta vez desde que se despidió de él en Barcelona. Sorprendida, oye una voz inesperada.

— Bien, Paty. Baja al aseo de señoras del piso inferior y enciérrate en la última puerta de la derecha.